

Manuel Morao, creatividad y coherencia de un artista

Ramón Porrás González

Entrar en la biografía de Manuel Moreno Jiménez, «Manuel Morao», y deambular por su larga y fecundísima trayectoria artística, produce inevitable vértigo, el vértigo a que, amorosamente, nos sentimos abocados, quienes, con mayor o menor acierto, analizamos la historiografía flamenca de este siglo y percibimos con desolación el término «a quo» que nos fue entregado, legado jondo, cuya custodia, en algún sentido, nos fue encomendada y el término «ad quem», que gran parte de esta generación parece exhalar, pseudo evolución del flamenco y horizontes bastardos a los que inexorablemente parece dirigirse.

A los efectos de esta humilde aportación a la figura de Manuel Morao, no pretendo subrayar los apuntes biográficos del guitarrista jerezano, sus vivencias con Manolo Caracol, con «El Gloria», con Juanito Mojama, con la Niña de los Peines, Aurelio Sellés, Juan Talega, Antonio Mairena, y, en general, con la práctica totalidad de los artistas flamencos del pasado siglo que construyeron la historia viva de este arte. Tal indagación la han realizado con notoria ilustración otros analistas. Me interesa destacar esas perspectivas

del guitarrista flamenco que, hasta el momento, acaso han merecido escasa atención. Me estoy refiriendo, en primer lugar, a lo que osaría denominar la sinergia de un guitarrista. Sin duda alguna, Manuel Morao compendia en sí la acción conjunta de varios elementos o factores cuyo efecto es superior a la suma de los efectos individuales. Dicho de otro modo, representa fidelidad coherente con un legado y al mismo tiempo la creatividad que significa su aportación a numerosas experiencias que contribuyen a un cambio de la escena flamenca musical y coreográfica, distinta de la estrictamente tradicional. Recuérdese su intervención en «El Sombrero de Tres Picos» en la Scala de Milán, en «Capricho Español», y, singularmente, sus colaboraciones con Antonio en «Llanto por Manuel de Falla», «La Taberna del Toro» y otras experiencias que él mismo lidera cuando, en la década de los ochenta, crea la compañía «Ma-

nuel Morao y Gitanos de Jerez» con producciones como «Flamenco, esa forma de vivir», «Pasión Gitana», «Aire y Compás», etc.

Lo verdaderamente resaltable es que tal guitarrista, colaborador o protagonista directo de espectáculos que algunos ubican «a extra muros» del flamenco, sigue siendo el artista fidelísimo a la escuela de Javier Molina y del toque personalísimo que representa la escuela jerezana, sigue siendo, junto a pocos, el guitarrista más genuino de la ortodoxia flamenca.

Precisamente, de esa interacción —coherencia y creatividad— surge el Manuel Morao «sinérgico». Y ello le otorga legitimidad para erigirse en un espectador excepcional de las nuevas tendencias del flamenco. Y, como tal, Manuel Morao ha ejercido, proclamando, con valentía, su disconformidad con el rumbo —más exacto sería decir deriva— del nuevo flamenco, ese que se genera por impulsos meramente económicos, hijo del marketing y de plebeyas mixturas, perversamente integradas y que se sitúan en las antípodas del toque sinérgico de Manuel Morao.